

Convenio y Conversación

DE LAS ENSEÑANZAS DEL RABINO LORD JONATHAN SACKS

Jonathan Sacks
THE RABBI SACKS LEGACY

Nuestro agradecimiento a la familia Schimmel por su generoso patrocinio de Convenio y Conversación, dedicado en memoria de Harry (Chaim) Schimmel.

VAISHLAJ

La lucha de Yaakov

La historia de la lucha de Yaakov con un adversario sin nombre, a solas durante la noche, es sin duda uno de los episodios más enigmáticos de toda la Torá. ¿Con quién estaba luchando Yaakov? El propio texto lo llama "un hombre". Según el profeta Hoshea, era un ángel. Para los Sabios, era el ángel protector de Esav. El propio Yaakov no tenía ninguna duda: era Dios. Llamó al lugar del encuentro Peniel, "porque he visto a Dios cara a cara y, sin embargo, mi vida ha sido preservada" (Gén. 32:30). El propio adversario parece confirmarlo cuando le da a Yaakov el nombre de Israel: "Porque has luchado con Dios y con los hombres, y has prevalecido" (Gén. 32:28).

El pasaje se resiste a una interpretación sencilla, pero contiene la clave para comprender la identidad judía. No somos nosotros, los lectores, quienes le atribuimos este significado, sino la propia Torá. Porque fue entonces, cuando estaba por amanecer, que Yaakov recibió el nombre que sus descendientes llevarían por toda la eternidad. El pueblo del pacto no es el de los hijos de Abraham o Itzjak, sino el de "los hijos de Israel". Solo después de la división del reino y de la conquista asiria del norte, quienes permanecieron fueron llamados genéricamente Yehudá (el reino del sur) y, por consiguiente, *Yehudim* o, en español, judíos.

Los nombres en la Torá, especialmente un nombre nuevo otorgado por Dios, no son simples etiquetas, sino señales del carácter o de la misión de una persona. El momento en que Yaakov se convirtió en Israel contiene la clave para comprender quiénes somos. Es cierto que, más adelante, nuestros antepasados fueron llamados a ser "un reino de sacerdotes y una nación santa", pero nunca perdimos aquella denominación anterior. Somos el pueblo que luchó con Dios y con los hombres y, aun así, sobrevivió. ¿Qué significa esto?

Una manera de acercarnos al texto, ciertamente una entre muchas, consiste en preguntarnos: ¿qué sucedió después? Si razonamos hacia atrás, pasando del efecto a la causa, quizá podamos comprender mejor lo que ocurrió aquella noche.

Los acontecimientos del día siguiente son poco menos que asombrosos. Todo nos había preparado para un encuentro tenso. Al enterarse de que Esav

venía a su encuentro con un grupo de cuatrocientos hombres, Yaakov sintió "mucho miedo y angustia" (Gén. 32:7). Hizo preparativos minuciosos. Como dijeron los Sabios, adoptó tres estrategias: diplomacia (envió generosos regalos de rebaños y manadas), plegaria ("Líbrame, por favor, de la mano de mi hermano, de la mano de Esav. Tengo miedo...") y preparación para la guerra (dividió a su familia en dos campamentos para que, al menos, uno pudiera sobrevivir).

Sin embargo, cuando Esav finalmente aparece, todos los temores resultan infundados. "Corrió" al encuentro de Yaakov, lo abrazó, se echó sobre su cuello, lo besó y lloró. No hay ira, hostilidad ni amenaza de venganza en el comportamiento de Esav. Es cierto que existen tradiciones midráshicas que sugieren lo contrario, pero aquí nos interesa el sentido literal del relato. Esto no significa que los temores de Yaakov fueran irracionales. No lo eran. Después de todo, Esav había jurado vengarse veintidós años antes.[1] Sin embargo, Esav es un hombre impulsivo, que vive según la emoción del momento. No tiene la "mirada delgada y hambrienta" de Casio ni el cálculo frío de Yago. Se enfurece rápidamente y olvida con la misma rapidez. El desenlace inesperado del encuentro entre los hermanos nos recuerda las célebres palabras de Roosevelt: "Lo único que debemos temer es al propio miedo".

En segundo lugar, y con consecuencias mucho más importantes, está el comportamiento de Yaakov cuando se encuentra con su hermano. Es extraordinario. Primero, se inclina hasta el suelo siete veces, postrándose ante Esav. Cada uno de los miembros de su familia hace lo mismo: "Entonces se acercaron las siervas con sus hijos y se inclinaron. También se acercaron Leá y sus hijos y se inclinaron. Finalmente, se acercaron Yosef y Rajel, y se inclinaron" (Gén. 33:6-7). La repetición en tres ocasiones es significativa.

Igualmente sorprendente es el lenguaje que utiliza Yaakov. Cinco veces llama a Esav *adoni*, "mi señor" (en el capítulo anterior, les había indicado tres veces a sus servidores que utilizaran la misma expresión al dirigirse a Esav). Dos veces se llama a sí mismo *eved*, "siervo" de Esav (y en el capítulo anterior había indicado cuatro veces a sus servidores que hicieran lo mismo). Al igual que el gesto físico de postrarse siete veces, la utilización reiterada de las palabras *adon* y *eved* constituye toda una coreografía de humillación.

¿Cómo podemos relacionar esto con la lucha de la noche anterior? Sin duda, Yaakov había obtenido una victoria sobre su adversario. Al menos, se había negado a dejarlo ir hasta que lo bendijera. El nuevo nombre implicaba que, a partir de entonces, Yaakov ya no debía tener dudas sobre su capacidad para sobrevivir a cualquier conflicto. Un hombre que ha "luchado con Dios y con los hombres y ha prevalecido" no debería necesitar inclinarse ante nadie ni llamarlo "mi señor". Habríamos esperado que Yaakov demostrara una nueva confianza en sí mismo, no una actitud de servilismo tan inesperada.

Pero eso no es todo. Cuando Esav inicialmente rechaza los regalos, diciendo: "Tengo bastante (*yesh li rav*), hermano mío; quédate con lo que es tuyo", Yaakov responde con estas extraordinarias palabras:

> "No, por favor, si he hallado gracia ante tus ojos, acepta este regalo (*minjá*) de mi mano, porque ver tu rostro es como ver el rostro de Dios, ya que me has recibido con tanta benevolencia. Por favor, acepta mi presente (*birjatí*, literalmente, 'mi bendición'), que te ha sido traído, porque Dios ha sido generoso conmigo y tengo todo (*yesh li kol*)" (Gén. 33:10-11).

1. "Se acercan los días de duelo por mi padre", se dijo a sí mismo, "y entonces mataré a mi hermano Yaakov" (Gén. 27:41).

¿Por qué el "regalo" se ha convertido en una "bendición"? ¿En qué sentido imaginable ver el rostro de Esav es como "ver el rostro de Dios"? Y, exactamente, ¿qué quiere decir Yaakov al transformar las palabras de Esav, "Tengo bastante", en su propia expresión: "Tengo todo"?

Hay otros ecos y resonancias en este pasaje. El más significativo tiene que ver con la palabra *panim*, "rostro". Las palabras de Yaakov a Esav, "ver tu rostro es como ver el rostro de Dios", hacen claramente eco de su declaración después de la lucha: "Llamó a aquel lugar Peniel, diciendo: 'Porque he visto a Dios cara a cara y, sin embargo, mi vida ha sido preservada'". En conjunto, los capítulos 32 y 33 (los preparativos para el encuentro, la lucha nocturna y el encuentro mismo) contienen repetidos ecos y variaciones de la palabra *panim*. Esto se pierde en la traducción, porque *panim* tiene muchas formas en hebreo que no resultan evidentes en español. Tomemos un ejemplo. El versículo 32:20 suele traducirse así:

> [Yaakov dijo a sus servidores]: "Dirán... 'Tu siervo Yaakov viene detrás de nosotros', pues pensó: 'Aplacaré su ira con el regalo que envío delante de mí; después, cuando lo vea, quizá me reciba favorablemente'" (Gén. 32:20).

No hay nada en esta traducción que sugiera que, en realidad, la palabra *panim* aparece cuatro veces en este único versículo. Literalmente, la segunda parte debería traducirse así: "Porque pensó: 'Borraré [la ira de] su rostro con el regalo que va delante de mi rostro; después, cuando vea su rostro, quizá él levante mi rostro'". Aquí se desarrolla un drama relacionado con los rostros: el rostro de Esav, el de Yaakov y el de Dios mismo. ¿Qué está sucediendo?

La clave está en el uso que Yaakov hace de la palabra "bendición". Esto nos lleva veintidós años atrás, a otro momento decisivo (Bereshit, capítulo 27), cuando Yaakov, vestido con la ropa de Esav, toma la bendición de su hermano. Ya sea por accidente o deliberadamente, el término *b-r-j*, "bendecir" o "bendición", aparece exactamente veintidós veces en aquel capítulo. Recordemos cuáles fueron las palabras de aquella bendición:

> "Que Dios te conceda el rocío del cielo y la fertilidad de la tierra, abundancia de trigo y vino. Que los pueblos te sirvan y las naciones se inclinen ante ti. Sé señor de tus hermanos, y que los hijos de tu madre se inclinen ante ti. Malditos sean quienes te maldigan y benditos quienes te bendigan" (Gén. 27:28-30).

El sentido literal de estas palabras es claro. Se refieren a la riqueza y al poder. Esta es la bendición que Yaakov tomó, vestido con la ropa de Esav y ocupando su lugar. Ese es el primer hecho.

El segundo hecho, cuya importancia no puede exagerarse, es que hubo una bendición posterior. Esav se había casado con dos mujeres hititas. Esto era motivo de tristeza tanto para Itzjak como para Rivká. Rivká aprovechó la oportunidad para enviar a Yaakov a casa de su hermano Laván, donde estaría a salvo del deseo de venganza de Esav. Antes de que Yaakov partiera, Itzjak lo bendijo con estas palabras:

> "Que Dios Todopoderoso te bendiga, te haga fecundo y te multiplique, para que llegues a ser una comunidad de pueblos. Que te conceda la bendición de Abraham, a ti y a tu descendencia, para que poseas la tierra en la que habitas como extranjero, la tierra que Dios dio a Abraham" (Gén. 28:3-4).

Esta es una bendición completamente diferente: hijos y una tierra, las dos cosas fundamentales que Dios había prometido repetidamente a Abraham. Son las "bendiciones del pacto". Dominan el libro de Bereshit y no tienen nada que ver con la riqueza o

el poder. Dios prometió a Abraham que tendría hijos que continuarían el pacto y una tierra en la que podrían hacerlo. Dios nunca le prometió a Abraham "el rocío del cielo y la fertilidad de la tierra", ni utilizó el lenguaje del poder: "Sé señor de tus hermanos, y que los hijos de tu madre se inclinen ante ti". Antes de enviarlo lejos de su hogar, Itzjak le concede a Yaakov las bendiciones de Abraham y le dice, en términos inequívocos: serás tú quien continúe el pacto en el futuro.

El tercer hecho significativo es que, en el momento de las bendiciones, Itzjak era ciego. La suplantación de Esav por parte de Yaakov solo fue posible porque Itzjak no podía ver. Bereshit 27 es casi un ensayo sobre los sentidos. Al verse privado de uno de ellos, la vista, Itzjak utiliza los otros cuatro. *Prueba* la comida, *toca* las manos de Yaakov (que Rivká ha cubierto con pieles de cabrito para que parezcan ásperas) y *huele* su ropa ("Ah, el olor de mi hijo es como el olor de un campo que Dios ha bendecido"). También *escucha* su voz ("La voz es la voz de Yaakov, pero las manos son las manos de Esav"). Finalmente, después de muchas dudas, Itzjak confía más en las evidencias del gusto, el tacto y el olfato que en las del oído, y concede a Yaakov la bendición de Esav. Solo puede hacerlo porque no ve el rostro de Yaakov. Estos tres hechos bastan para descifrar el misterio del encuentro entre Yaakov y Esav veintidós años después.

Los patriarcas fueron mucho más que fundadores de una nueva fe. También fueron modelos a seguir. Sus vidas son significativas no solo por lo que nos cuentan del pasado, sino también por lo que nos enseñan sobre el presente, porque sus desafíos son también los nuestros.

Abraham fue un hombre con la fuerza de convicción necesaria para mantenerse al margen de la cultura de su época: ser diferente, negarse a adorar los ídolos de su tiempo y escuchar, en cambio, la voz interior del único Dios, incluso cuando eso significaba emprender un largo viaje lleno de riesgos. Lo que lo sostuvo fue el amor (*jesed*): el amor a Dios y, sí, el amor a la humanidad que resplandece en todas sus acciones y palabras.

Itzjak fue el hombre que conoció la realidad del sacrificio. Vivió, sobrevivió, pero no sin haber visto el cuchillo levantado contra él. Sabía en lo más profundo de su ser que ser hijo del pacto no es fácil ni seguro. Lo que lo sostuvo fue el coraje (*guevurá*) y, por la razón que sea, el registro histórico es claro: para seguir siendo judío hace falta coraje.

En relación con Yaakov, el profeta Mijá habla de la verdad: "Darás verdad a Yaakov". No se refiere a la verdad en un sentido cognitivo ("¿Cuáles son los hechos? ¿Qué es lo que existe realmente?"). Se refiere a ella en un sentido existencial ("¿Quién soy? ¿A qué historia pertenezco y qué papel estoy llamado a desempeñar?"). La búsqueda de la verdad cognitiva, ya sea científica, metafísica o artística, no es exclusiva del pacto de Abraham. Es patrimonio de toda la humanidad. No existe una ciencia, una economía o una psicología específicamente judías. Lo que es, es; y corresponde al homo sapiens, como tal, descubrirlo. (Rashi interpreta la frase "Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza" como una referencia a la capacidad de comprender y discernir). La verdad con la que Yaakov pasó gran parte de su vida luchando era muy diferente. Era una verdad sobre la identidad. En su centro están las palabras rostro (¿en qué espejo debo mirarme para descubrir quién soy?), nombre (¿con qué nombre me reconozco?) y bendición (¿a qué destino estoy llamado?).

Hay algo que destaca en la primera etapa de la vida de Yaakov. Anhela ser Esav o, más concretamente, ocupar su lugar. Lucha con él en el vientre materno. Nace aferrado al talón de Esav (de ahí recibe el nombre de Yaakov, "el que se aferra al talón"). Com-

pra la primogenitura de Esav. Se viste con su ropa. Toma su bendición. Cuando Itzjak no puede verlo y le pregunta quién es, responde: "Soy Esav, tu primogénito".

¿Por qué? La respuesta parece clara. Esav es todo aquello que Yaakov no es. Es el primogénito. Sale del vientre cubierto de vello rojizo (Esav significa "completamente formado"). Es fuerte, está lleno de energía, es un cazador experto, "un hombre del campo". Más importante aún, tiene el amor de su padre. Esav es *homo naturalis*, un hombre de la naturaleza. Sabe que *homo homini lupus est*, "el hombre es un lobo para el hombre". Tiene la fuerza y la habilidad necesarias para luchar y vencer en la darwiniana lucha por la supervivencia y en la guerra hobbesiana de "todos contra todos". Esos son sus campos de batalla naturales y disfruta del enfrentamiento.

Esav es el héroe arquetípico de cientos de mitos y leyendas del mundo antiguo, así como de las películas de acción de nuestros días. No carece de dignidad ni de sentimientos humanos. Su amor por su padre Itzjak es genuino y conmovedor. El Midrash, por buenas razones educativas, convirtió a Esav en un hombre malvado. La Torá es mucho más sutil y profunda. Esav no es un hombre malo; es un hombre natural, que encarna las virtudes homéricas y la voluntad de poder nietzscheana.

No es sorprendente que el primer deseo de Yaakov fuera parecerse a él. Ese fue el rostro que vio por primera vez en el espejo de su imaginación, el rostro que presentó ante el ciego Itzjak cuando fue a recibir la bendición. Pero aquel no era el rostro de Yaakov, del mismo modo que tampoco lo eran las manos.

Tampoco era aquella la bendición que estaba destinada a él. La verdadera bendición fue la que recibió más tarde, cuando Itzjak sabía que estaba bendiciendo a Yaakov y no lo confundía con Esav.

La bendición de Yaakov no tenía nada que ver con la riqueza o el poder. Se refería a los hijos y a una tierra: hijos a quienes enseñaría los caminos del pacto y una tierra en la que sus descendientes se esforzarían por construir una sociedad basada en el pacto, fundada en la justicia y la compasión, la ley y el amor. Para recibir esa bendición, Yaakov no necesitaba vestirse con la ropa de Esav. Por el contrario, debía ser él mismo: no un hombre de la naturaleza, sino una persona cuyos oídos estuvieran atentos a una voz que trasciende la naturaleza, al llamado del Autor de todo cuanto existe para ser fiel a aquello que no puede comprarse con riqueza ni controlarse mediante el poder: el espíritu humano como aliento de Dios y la dignidad humana como imagen de Dios.

Ahora debería quedar claro qué estaba haciendo exactamente Yaakov cuando se encontró con Esav veintidós años después. Estaba devolviéndole la bendición que le había quitado tantos años antes. Los rebaños y las manadas que envió a Esav representaban la riqueza ("el rocío del cielo y la fertilidad de la tierra"). Las siete inclinaciones y el hecho de llamarse a sí mismo "tu siervo" y a Esav "mi señor" representaban el poder ("Sé señor de tus hermanos, y que los hijos de tu madre se inclinen ante ti"). Yaakov ya no quería ni necesitaba esas cosas ("Tengo todo", es decir, "ya no necesito ni riqueza ni poder para sentirme completo"). Es explícito. Dice: "Por favor, acepta no solo mi 'regalo', sino también mi 'bendición'". Ahora sabe que la bendición que tomó de Esav nunca estuvo destinada a él y se la está devolviendo.

También está claro qué ocurrió durante la lucha de la noche anterior. Fue la batalla interior de Yaakov con la verdad existencial. ¿Quién era? ¿El hombre que anhelaba ser Esav? ¿O el hombre llamado a un destino diferente, a "un camino menos transitado", el pacto de Abraham? "No te dejaré ir hasta que me bendigas", le dice a su adversario. El desconocido responde de una manera que desafía todas las expectativas. No le concede a Yaakov una bendición convencional (por ejemplo, que será rico, fuerte o estará a

salvo). Tampoco le promete una vida libre de conflictos. El nombre Yaakov significaba lucha; el nombre Israel también significaba lucha. Pero los términos del conflicto se habían invertido.

Es como si aquel hombre le hubiera dicho: "En el pasado, luchabas por ser Esav. En el futuro, lucharás no por ser Esav, sino por ser tú mismo. Antes te aferrabas al talón de Esav. En adelante, te aferrarás a Dios. No lo soltarás y Él no te soltará. Ahora deja ir a Esav para que puedas aferrarte a Dios con libertad".

Al día siguiente, Yaakov lo hizo. Dejó ir a Esav al devolverle su bendición. Y aunque ahora había renunciado tanto a la riqueza como al poder, y aunque todavía cojeaba por el encuentro de la noche anterior, el pasaje termina con estas palabras: *Vayavo Yaakov shalem*, "Y Yaakov llegó íntegro". Esta es la asombrosa verdad a la que finalmente llegó Yaakov y de la que el nombre Israel da testimonio. Para estar completos no necesitamos las bendiciones de riqueza y poder de Esav. Nuestro rostro es otro, nuestro destino es diferente y nuestra bendición también. El rostro que llevamos es la imagen que vemos reflejada en el rostro de Dios cuando luchamos con Él y nos negamos a soltarlo.

No fue casualidad que este episodio marcara el nacimiento de nuestra identidad (nuestro "nombre") como Israel. En casi todos los momentos decisivos de nuestra historia, hemos luchado con civilizaciones que adoraban a los dioses de la naturaleza: la riqueza ("el rocío del cielo y la fertilidad de la tierra") o el poder ("que las naciones te sirvan y los pueblos se inclinen ante ti"). Israel nunca conoció la riqueza de la antigua Grecia o Roma, de la Italia renacentista o de la Francia aristocrática. Tampoco conoció el poder de los grandes imperios, con sus ejércitos invencibles y sus armas de destrucción. Cuando anheló esas cosas, como en los días de Salomón, perdió el rumbo.

La fuerza de Israel nunca residió en sí mismo, sino en aquello que es distinto y más grande que él: el poder que trasciende todos los poderes terrenales y la riqueza que no es física, sino espiritual, una cuestión de mente y corazón. Los judíos a menudo han deseado ser alguien diferente, los "Esav" de cada época. Demasiadas veces han experimentado lo que Shakespeare expresó con estas palabras:

> "... mirarme a mí mismo y maldecir mi destino, deseando parecerme a alguien más rico en esperanzas, favorecido como él, rodeado de amigos como él, deseando el talento de este hombre y las oportunidades de aquel, y sintiéndome menos satisfecho precisamente con aquello que más disfruto" (Soneto 29).

Es un sentimiento que, en última instancia, debemos rechazar. La Torá no nos pide que pensemos mal de Esav. Por el contrario, nos ordena: "No aborrezcas al edomita [es decir, al descendiente de Esav], porque es tu hermano". Sin embargo, sí nos pide que luchemos, como lo hizo Yaakov, a solas, durante la noche, en lo más profundo de nuestra alma, y que descubramos el rostro, el nombre y la bendición que nos pertenecen. Antes de que Yaakov pudiera estar en paz con Esav, tuvo que aprender que no era Esav, sino Israel: aquel que lucha con Dios y nunca lo suelta.

Alrededor de la mesa de Shabat

1. ¿Por qué a veces sentimos la tentación de convertirnos en otra persona? ¿Qué podría ayudarnos a descubrir y aceptar la identidad que verdaderamente nos pertenece?

2. La lucha de Yaakov con Dios le otorga un nombre nuevo, pero no una vida sin dificultades. ¿Qué nos enseña esto sobre la naturaleza de la fe?

3. Compara el reencuentro de Yaakov y Esav con el reencuentro de Yosef y sus hermanos al final de Bereshit. ¿Qué nos enseñan estos dos encuentros sobre la reconciliación y el perdón?

Convenio y Conversación

Edición Familiar

Inspirado en las enseñanzas del Rabino Lord Jonathan Sacks

Edición Familiar del legado del Rabino Jonathan Sacks, desarrollada por Shosh Hill. No fue escrita por el Rabino Sacks.

Vaishlaj: Resiliencia

DESARROLLADO POR SHOSH HILL

RESUMEN DE LA PARASHÁ

Yaakov está de camino de regreso a la tierra de Canaán. Ha dejado la casa de Laván junto con sus esposas, sus hijos y sus rebaños. Después de 22 años lejos de su hogar, ha llegado el momento de hacer las paces con su hermano. Envía mensajeros a Esav, pero descubre que su hermano viene a su encuentro con 400 hombres. Temiendo que se produzca una batalla, Yaakov divide a su familia en dos campamentos para protegerlos. Después reza a Dios pidiendo ayuda y envía a Esav un gran regalo de ganado.

Aquella noche, Yaakov lucha con una figura misteriosa hasta el amanecer. Entendemos que se trata del ángel protector de Esav. El ángel hiere a Yaakov en el muslo, pero Yaakov no se rinde y no lo deja ir hasta recibir una bendición. Entonces el ángel le da un nombre nuevo: Israel.

- ¿Por qué Yaakov quería hacer las paces con Esav después de tantos años?
- ¿Por qué crees que un ángel luchó con Yaakov?
- ¿Por qué Yaakov deseaba tanto recibir una bendición que no estaba dispuesto a soltar al ángel hasta conseguirla?

UNAS PALABRAS PARA RECORDAR

"לֹא אֲשַׁלֵּחֲךָ כִּי אִם־בֵּרַכְתָּנִי"

"No te dejaré ir hasta que me bendigas" (Bereshit 32:26)

EL RABINO SACKS NOS ENSEÑA:

No te dejaré ir hasta que me bendigas. Estas palabras de Yaakov al ángel están en el corazón mismo de nuestra capacidad para superar las crisis. Todos sabemos por experiencia que algunos acontecimientos que en su momento parecían decepcionantes, dolorosos e incluso humillantes pueden terminar siendo los más importantes de nuestra vida. A través de ellos aprendimos a esforzarnos más la próxima vez; o descubrimos una verdad sobre nosotros mismos; o nuestra vida tomó una dirección nueva y mucho más fructífera. No aprendemos de nuestros éxitos, sino de nuestros fracasos. Maduramos, nos fortalecemos y nos volvemos más comprensivos y capaces de perdonar gracias a los errores que cometemos. Una vida protegida de toda dificultad es una vida frágil y superficial. La verdadera fortaleza nace de conocer lo peor y negarse a rendirse. Yaakov, también llamado Israel, nos dejó muchos regalos, pero pocos son tan valiosos como la determinación y la resiliencia que nos permiten afrontar los momentos difíciles y decirles: "No te dejaré ir hasta que me bendigas". No me rendiré ni seguiré adelante hasta que haya conseguido extraer algo positivo de este dolor y transformarlo en una bendición. *Fuente: Sobrevivir a la crisis, Vaishlaj, Covenant & Conversation.*

CUESTIONES MORALES

- ¿Crees que es más fácil aprender de los éxitos o de los fracasos? ¿Por qué?
- El rabino Sacks sugiere que los momentos difíciles pueden enseñarnos algo sobre nosotros mismos. ¿Qué cosas podemos aprender de nuestras propias dificultades?
- ¿Por qué crees que Yaakov solo recibe su nuevo nombre después de atravesar una lucha?